



## LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

**Jaques y Raissa Maritain.**

(Continuación).

### FELIX LE DANTEC

No importaba. Bien podíamos, por un tiempo al menos, dejar de lado todos esos problemas metafísicos. La enseñanza científica que se nos daba era de un gran valor en el orden estricto de la ciencia positiva. Y si en lugar de familiarizarnos con las ciencias naturales, hubiéramos ido tras las ciencias físicomatemáticas, la magnificencia de los descubrimientos de tantos hombres de ciencia nos habría deslumbrado, ocultando por largo tiempo tal vez nuestras ansias de saber metafísico. Habría sido interesante, por ejemplo, escuchar las lecciones de un Paul Appell, o de Marie o Pierre Curie, sabios geniales y trabajadores heroicos, que abrían paso hacia una ciencia y terapéutica nuevas. En la Facultad de Ciencias Naturales, menos rica en genios, Jacques y yo seguíamos con especial interés el curso de Félix Le Dantec, el más atractivo, el más brillante de nuestros profesores.

Había notado la atención con que le escuchábamos, e interesándose por alumnos tan estudiosos, resolvió conocernos mejor. Un día esperábamos tranvía en un rincón de la calle Souffot. Se nos acercó y nos habló como a viejos amigos, y nos invitó a su casa; le visitamos después con mucha frecuencia.

Sosteníamos largas conversaciones y él

nos exponía su filosofía, el materialismo. Nos decía, y lo decía a quien quisiera oírle, que le era imposible no aceptar la verdad del materialismo, pero que, por lo demás, el materialismo es una fe tan indemostrable como el credo de los cristianos. Y esto escandalizaba a sus colegas, menos dispuestos que él a reconocer este hecho palpable.

Yo ignoraba el credo de los cristianos, y no gustaba tampoco de aquella fe materialista, pero pensaba que algún día tendría que aceptarla, sin duda; que nadie nos ofrecía doctrina más coherente, y que, como todas las demás concluían a lo sumo en un "¿qué se yo?" eran por lo mismo no menos engañosas. Y la tristeza me penetraba, el sabor amargo del vacío del alma ante la cual todas las luces se extinguen lentamente.

Le Dantec, sin embargo, plétórico de entusiasmo, nos prometía un brillante porvenir científico si accedíamos a trabajar en el sentido que nos aconsejaba. Debíamos buscar la síntesis de la materia viva, y demostrar, mediante la verificación correspondiente, que la vida no es más que una particular combinación química. Le encantaba esta clase de simplificaciones; para él la inteligencia sólo era "una materia blanda que vive a 38 grados", y la conciencia "un epifenómeno".

Pero estas hermosas perspectivas no nos entusiasmaban. ¿Para qué la síntesis de la materia viva, ese poder sobre el universo físico, si la razón misma de la vida y de la existencia, si todo el universo moral seguirían siendo enigmas indescifrables?

Le Dantec profesaba también un ateísmo que él mismo tildaba de insuperable. Nos decía que nunca había sido capaz de fe religiosa, ni siquiera en su infancia. Había asistido a lecciones de catecismo con aplicación, siempre había sido el primero en instrucción religiosa, pero nunca había sabido lo que era creer en Dios.

Es difícil encontrar ateos tan convencidos, tan absolutos, tan serenos. Desde hacía algunos años yo declinaba ya, hacia el ateísmo; a decir verdad creía no creer ya en Dios, pero a costa de qué sufrimientos, de qué confusiones, de qué desolación tan profunda de todo mi ser! Era para Le Dantec causa de asombro, pero no de antipatía, por el contrario. Parecía que nunca hubiera encontrado semejante inquietud por tales razones! Se interesaba mucho por mí, y creí un deber comunicarle nuestra secreta promesa de matrimonio con Jacques. Nuestras conversaciones fueron disminuyendo cada vez más por culpa mía, y pronto cesaron completamente. Después lo sentí sinceramente. Ese hombre bueno, generoso, leal, merecía la más absoluta confianza; yo por torpeza ponía fin a una amistad preciosa, pero era demasiado joven para pensar así entonces, y actuaba con los gestos burscos y torpes propios de quienes no tienen suficiente experiencia humana.

Algunos años después, Le Dantec se casó con una amiga de Elisabeth Leseur, de esta Elisabeth Leseur que ha dejado un notable itinerario espiritual hacia la fe, y cuyo marido, incrédulo al comienzo, es hoy religioso dominico. ¿Lograría la amistad de Elisabeth Leseur que Le Dantec apartara sus ojos de la fe materialista? ¿Habría conseguido desatar, en parte por lo menos, los lazos estrechos de su ateísmo? Hay indicios que así nos lo afirman.

#### **Del lado de los filósofos**

El placer del conocimiento que procuran por las ciencias naturales es necesariamente limitado, por el número excesivamente restringido de principios metafísicos a que se refieren, y los límites de su objeto formal. (Así me explico hoy el poco placer que ellas me daban entonces).

Pero allí donde se niega la objetividad misma del conocimiento de una u otra manera, toda alegría espiritual desaparece. El estudio de las doctrinas consideradas no como proposiciones o aproximaciones de la verdad, sino como obras de arte y de imaginación, con menos referencia ciertamente que el arte a la realidad, se reduce a un desfile caleidoscópico en donde la forma

que llega atropella y demuele a la que se acaba de percibir; todo cambia a cada instante, por el arrobamiento de los ojos tal vez, pero sí por la continua decepción de la inteligencia que no puede fijarse en ninguna de esas formas, que se devoran unas a otras.

Los filósofos cuyos cursos seguíamos en la Facultad de Letras tenían muchos méritos personales, erudición amplia y profunda, y una clara conciencia de las exigencias de la investigación científica. Pero se dedicaban al análisis interminable del detalle de las causas históricas como a su tarea esencial, reduciendo casi enteramente a ello el estudio de la sabiduría a que los obligaba su nombre y su profesión de filósofos. Todas sus inquietudes intelectuales dirigíanse hacia la erudición histórica, o hacia las ciencias matemáticas. En ninguno de ellos encontrábamos establecida una teoría positiva del conocimiento; las conclusiones que creían poder formular provisoriamente al amparo de la tradición racionalista e idealista que todavía pesaba sobre ellos, caían al suelo bajo la presión ejercida por un positivismo y un espíritu tan dogmáticos como ineficaces.

Cuando Jacques tenía sólo 16 años, y asistía al curso de filosofía, en el liceo Henri IV, de M. Dereux (a quien llamaban Dereuf porque siempre agregaba una f al final de las palabras), revolcábase de desesperación sobre la alfombra de su pieza, porque a toda pregunta "no había respuesta". En la Sobornne idéntica decepción. A decir verdad, nuestros maestros filósofos, desesperaban de su filosofía.

La Historia era para ellos una especie de ciencia reina, heredera de todos los derechos de la metafísica repudiada, sin que realmente pudiera poseerlos; y le daban tanta arrogancia que sin quererlo la desnaturalizaban al pretender proclamarla la ciencia exacta por excelencia, y obtener de ella la suprema explicación de la vida del pensamiento, gracias a una busca de fuentes que huía sin fin de causa accidental en causa accidental.

Por una curiosa contradicción vivida querían verificarlo todo con procedimientos de erudición material y control positivo, desesperación de la verdad, cuyo solo nombre les desesperaba y no podía pronunciarse sino al amparo de una sonrisa desengañada. La tragedia de que eran víctimas consistía en que un gran despareamiento intelectual, una profunda honestidad del espíritu tornábase para ellos en desconfianza para con

la simplicidad de las certezas superiores, que consideraban una simplificación ingenua debida a los ídolos del lenguaje. En suma, la única lección práctica que podía recibirse de su enseñanza consciente y desinteresada, era una lección de relativismo integral, de escepticismo intelectual; y si se era lógico, de nihilismo moral. Los jóvenes abandonaban sus estudios filosóficos instruidos e inteligentes; confiando en las ideas sólo como instrumentos de retórica, y absolutamente desarmados para las luchas del espíritu y para los conflictos del mundo. Fue entonces sin duda cuando empezamos invisiblemente a perder las batallas de la humanidad y de Francia en contra de la nueva barbarie que, adornada por algún tiempo todavía con el prestigio de una cultura alterada e hipócrita, preparábase ya a la adoración de la fuerza.

De los profesores de Jacques sólo uno, Emile Durkheim, estaba animado de una convicción ardiente, pero se trataba de la sociología, o más bien del sociologismo.

Algunos profesores eran creyentes, pero su fe no podía adivinarse por su enseñanza. Era el caso de Victor Delbos, eminente historiador de la filosofía, espíritu honrado y profundo, pero cuya enseñanza incómoda daba la impresión de una meticulosa mirada sobre ruinas hermosas. Sólo más tarde Jacques pudo entrever algo de los pensamientos íntimos de Delbos, en el curso de una conversación en que éste le dijo que había sido profundamente tentado por Hegel, y que gracias a la crítica kantiana había escapado de los sortilegios del panteísmo, pudiendo reservar así un lugar intacto a su fe religiosa en medio de los sistemas filosóficos cuya historia trataba de descifrar.

Estaba también, Mr. Edet, latinista emérito. Sus correcciones sobre las copias del tema latino eran obras de arte muy disputadas por los alumnos.

Gabriel Séailles, más humanista y artista que filósofo, formaba parte de los "intelectuales de izquierda".

Brochard, conocedor incomparable de la filosofía griega, era un racionalista elocuente y altanero que colocaba a Plotino en el "misticismo oriental", y le consideraba indigno del nombre griego. A pesar de haber quedado ciego continuaba haciendo clases admirables en las que citaba de memoria los textos de los filósofos griegos. Pero los estudiantes implacables aprovechaban de su ceguera para salirse del curso. Un día Jacques se quedó en clase con un solo compañero. Brochard se dirigía a la concurrencia que creía tener delante de sí, y a la que

se esforzaba por comunicar su entusiasmo invitando a responder a sus preguntas: "Y bien, señores, ¿qué les parece esta idea de los Estoicos?" Y como los dos oyentes, petrificados por lo trágico de la escena, tardaban en contestar: "¡Vamos! ¡Respondan! ¿Están mudos?"

Finalmente el profesor que Jacques recordó con más gratitud (aunque sus ideas eran ya muy distintas a las suyas) es Lucien Lévy-Bruhl, que enseñaba la Historia de la Filosofía Moderna con una tristeza y frialdad que asombraba a los estudiantes. Sin embargo, su bondad y abnegación eran incomparables. Parecía sentir un extraño afecto por el estudiante ardiente, sediento de verdad y enemigo de todo conformismo, y cuyo socialismo lírico no era como para desagradar a un fiel amigo de Jaurés. Lévy-Bruhl tenía entonces la misma confianza ardiente de Durkheim en la sociología, pero no estaba encargado de su enseñanza en la Sorbonne. Sus trabajos etnológicos debían conducirle lentamente hacia visiones más amplias. Jacques lo constató en muchas ocasiones, sobre todo estos últimos años, cuando trabajaron juntos en Francia en la organización de la acogida de los refugiados expulsados de su país por la persecución nazi. En el orden filosófico, en lo que concierne a la interpretación de la "mentalidad primitiva", Jacques tuvo la alegría de obtener, algunos meses antes de la muerte de Lévy-Bruhl, la aprobación de su antiguo maestro a lo que él proponía. Los años no han hecho más que confirmar el respeto y el afecto que sentía por Lévy-Bruhl.

En la época de que hablo, sólo de Spinoza y de Nietzsche nos llegaban alguna alegría y algún bienestar del espíritu. Recordó que Jacques estuvo verdaderamente apasionado durante algunos meses por la **Ética** y por aquella sabiduría que se creía soberanamente sabia y soberanamente libre al exhortar al hombre a amar a Dios intelectualmente, sin exigir ser amado de recompensa. Precisamente con temas spinozistas trataba, en vano, de tranquilizar a Ernest Psichari en la crisis terrible por que éste atravesaba, a causa de su amor contrariado por la hermana de Jacques. A otros amigos que decían estar cansados y desilusionados de todo, y que profesaban la necesidad de aceptar los compromisos para "triunfar en el mundo", les predicaba lo que él llamaba el "arrivismo metafísico", es decir, el rechazo de todo compromiso, para realizarse en el Absoluto. Spinoza me entusiasmaba por el encadenamiento riguroso de sus pruebas, por esa osadía para afirmar y

demostrar, que me hacía creer en la posibilidad de otra filosofía ciertamente distinta a aquella de nuestros profesores. Estimábamos a Nietzsche por la pasión desesperada de esa verdad cuya muerte se esforzaba en proclamar, por la energía con que expulsaba los prejuicios de la mediocridad instalada en el vacío, arrancaba todas las máscaras y dejaba a la vista lo trágico de la vida.

Pero en realidad sentíamos que nuestro entusiasmo por Spinoza no era más que un sueño que exaltaba a la inteligencia, una especie de opio metafísico. La realidad escapaba al sistema por todas partes, la **Ética** no tenía poder alguno delante del menor grito de un ser humano verdaderamente herido en el corazón; los consuelos que ofrecía al hombre desesperado, a quien exigía superar a Dios (porque Dios, —debíamos comprenderlo más tarde,— pide amor en recompensa) parecían el efecto de una afectación irrisoria. Spinoza no había logrado producir en nosotros ninguna convicción real. Lo que recibíamos del espíritu de Nietzsche no era más que una simple embriaguez estética. El desprecio por los débiles y por los pobres, la exaltación sin límites del orgullo y de la violencia danzando en la nada, todo lo que había que aceptar si realmente se quería creer a Nietzsche, no era alimento para nuestros espíritus. Las alegrías de Spinoza y Nietzsche nos habían dispensado en un momento, nos dejaban ahora más vacíos y más desesperados.

#### En el "Jardín des Plantes"

Una tarde de verano Jacques y yo nos paseábamos por el Jardín de Plantas, nombre pleonástico de ese sitio encantador y poco frecuentado, tan caro a los parisenses de la ribera izquierda. Se encuentran allí entre otros muchos árboles viejos un gigantesco Cedro del Líbano "traído por de Jussieu en su sombrero", dice una etiqueta; un laberinto de reposo absoluto; un museo de historia natural; antiguos laboratorios desvencijados, a la moda francesa; osos en fosas profundas; leones en jaulas; serpientes en vitrinas; elefantes en pagodas; otarias en piscinas, enamorados en la sombra y por todas partes niños y nodrizas.

Nos gustaba ir allí después de las clases cuando yo me volvía a pie a mi casa desde la Sorbonne; y, como todos los que frecuentan el Jardín, nos habíamos familiarizado con los inocentes animales que gozan con un pedazo de pan.

Pero aquel día pasamos sin mirar los osos, sin ni siquiera oír las focas: es que decididamente no éramos felices; mejor dicho éramos desgraciados.

Acabábamos de pasar revista a todo lo que nos habían dado los dos o tres años de estudio en la Sorbonne. Sin duda un bagaje importante de conocimientos particulares científicos y filosóficos. Pero esos conocimientos estaban minados en su base por el relativismo de los sabios y por el escepticismo de los filósofos.

Felices son los sabios que no razonan acerca de la razón, que no interrogan sino lo visible y lo mensurable y que avanzan de descubrimiento en descubrimiento.

¿Acaso no éramos también nosotros, con veinte años apenas, de esos escépticos que lanzan su "¿qué se yo?" como humo de cigarro y que encuentran excelente la vida? Con toda nuestra generación éramos sus víctimas. En efecto, aunque el escepticismo es infomulable, porque todas nuestras fórmulas son afirmativas por algún lado, aun cuando expresen la filosofía de la duda, no es por eso menos activo y capaz de disgregar la vida del alma.

No obstante que todos mis recuerdos afluyen a mi memoria a medida que los evoco y reaparecen con los frescos colores de otro tiempo, confieso que aquí me es imposible revivir en el mismo grado el profundo desastre de mi corazón agonizando de hambre y de sed de vera.

Esta agonía metafísica que penetra en las fuentes mismas el deseo de vivir es capaz de convertirse en una desesperación total y llevar al suicidio. Creo que esos miles de suicidios ocurridos en Austria, en Alemania, en Italia, en Francia, durante los últimos años son debidos a ese estado de desesperación más que al exceso de otros sufrimientos del cuerpo y del alma.

Yo volvería a sentir algo análogo si llegara a ocurrir que la querida Francia, en la que hemos puesto toda nuestra esperanza en este mundo, se transformara —más no, este pueblo, esta juventud que conocíamos no lo permitirán— en un país bárbaro en que la crueldad del espíritu y la grosería del corazón hicieran la ley; en que los valores evangélicos fuesen lanzados al ridículo; en que reinaran el más duro utilitarismo, un falso realismo y un instinto brutal de dominación. Entonces no nos quedaría más que pedir al Señor que nos llevara luego de este mundo y entonar el **Nunc dimittis** de desesperación.